

MÁS ALLÁ
DEL
CARACOL

MÁS ALLÁ DEL CARACOL

DANIEL ATIENZA



Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Más allá del caracol
Autor: © Daniel Atienza

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-723-7
Fecha de publicación: Abril 2009

Printed in Spain
Imprime: Lavel Industria Gráfica
Depósito legal:

Para mis padres,
Jerónimo y Caty,
por haberme enseñado a vivir.

Y, por supuesto,
para ti, Yeyo,
por haberme enseñado a soñar.

ÍNDICE

Definitivamente, el tiempo se va..... 11

Parte I: Un Comienzo

Capítulo 1 19

Capítulo 2 21

Parte II: Recuerdos

Capítulo 3 35

Capítulo 4 59

Capítulo 5 87

Parte III: Ella

Capítulo 6 105

Capítulo 7 125

Capítulo 8 165

Capítulo 9 207

Parte IV: Ausencia

Capítulo 10 231

Capítulo 11 253

Parte V: Un final

Capítulo 12 269

Capítulo 13 281

¡Cómo te pareces al agua, alma del hombre!
¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!

JOHANN W. VON GOETHE

Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber qué hacer,
tener miedo a tus recuerdos.

PABLO NERUDA

Definitivamente, el tiempo se va.

No importa lo mucho o lo poco que hayamos vivido, lo cerca que creamos estar de cuanto hayamos buscado durante toda una vida, o lo convencidos que estemos de tener aún cosas pendientes de hacer. Porque, al final, y a pesar de todo, de absolutamente todo, lo único seguro es que el tiempo, simplemente, se va.

Y no se va a hurtadillas, ni se va de improviso, ni se va sin avisar. Muy al contrario, se va pesadamente, casi con pereza, goteando cada uno de sus recuerdos.

Así es, ahora sé que al final, y a pesar de todo, de absolutamente todo, lo único seguro es que el tiempo, simplemente, se va. Y, con él, se van las dudas, se va la tristeza, se van las ganas de huir...

Nunca pensé que morir sería así.

Siempre creí que sería algo terrible y doloroso; que sombras atroces me congelarían el alma y empaparían mi memoria de temor.

De hecho, siempre he temido a la muerte. La he temido tanto como he temido al paso del tiempo. La he temido y, a la

vez, la he respetado, como he respetado al destino, o he respetado al mar. No en vano ha sido una constante irrefutable y, en ocasiones, incluso absurda, en mi vida, que finalmente ha venido a buscarme de la única manera en la que, hasta hace apenas unos meses, jamás creí que me pudiera encontrar.

Resulta que estaba equivocado.

No hay sombras atroces, no hay temible oscuridad, no hay dolor.

Solo hay silencio.

Silencio y recuerdos.

Recuerdos y ausencias.

Y no tengo miedo.

Junto a mi cama veo a mi hija, a mi pobre hija, llorando sobre mi mano mientras Jaime acaricia su densa melena.

No, no es por ellos por los que no tengo miedo. Ni por la mirada compasiva y tristísima con la que Pablo me observa, a la vez que roza la espalda de mi hermano con la punta de sus dedos. Ni por Mónica, o por Fran, que permanecen abrazados al otro extremo de la habitación, frente a la ventana cerrada más allá de la cual muy pronto nacerá un nuevo día que ya debe clarear sobre el trocito de playa en el que solía recibir cada amanecer con María, dibujando nuestras huellas a lo largo de una orilla que nunca parecía acabar de despertar. Ni, por supuesto, por los impertinentes agentes de policía, que perseveran en sus toscas preguntas tratando de averiguar por qué todo ha tenido que terminar así, aun con la convicción paulatina de estar ante un final que, en el fondo, no ha sorprendido a nadie que me conociera de verdad, o que pudiera llegar a intuir, al menos, lo que ella significaba para mí.

No, pese a todo, no tengo miedo.

Ni siquiera al oír ese sonido recién escapado del extraño aparato al que permanezco unido por interminables venas de plástico. Ni cuando la enfermera que me ha atendido estas últimas horas se abalanza sobre mí con los ojos muy abiertos, y trata de escudriñar este agotado corazón mío que en breve

dejará de latir. Ni cuando Jaime separa a mi hija de mi lado y la aprieta contra su pecho con la misma determinación y la misma dulzura con la que, hace muchos años, yo le abrazara a él, tras la muerte de nuestra madre.

En una ocasión escuché que, al morir, lo único que no nos llevamos es el amor que no hemos dado. No sé, es posible que esto sea cierto, y que todo lo demás venga conmigo, pero ahora solo puedo pensar en ella: en su olor, en su calor, en su confianza, en su sonrisa.

Eso es, ahora solo puedo pensar en ella, y en su sonrisa, y no tengo miedo.

Quién sabe, quizá el final no sea como siempre he creído.

Quizá, después de todo, María estuviera en lo cierto.

Quizá todavía pueda cumplir su promesa.

Quizá haya encontrado uno de sus grandes milagros, esos que estaba segura nos rodean constantemente, por más que nunca los sepamos reconocer justo a nuestro lado; puesto que, como ella solía decir, a fin de cuentas los grandes milagros son tan pequeños que apenas se ven...

PARTE I

UN COMIENZO

I

—¡Papá! ¡Papá, mírame!

La niña sacude la cabeza, como si pudiera así alejar de ella el dolor, y vuelve a dejarla caer sobre la mano de su padre, comenzando de nuevo a llorar.

Jaime acaricia sus densos cabellos, mientras parece sacudir también la cabeza. Se mantiene en silencio y no llora. Sabe que no debe hacerlo, por la pequeña, aunque siente las lágrimas, ásperas y rasposas, abrasándole la garganta.

Detrás de él, a un metro escaso de Pablo, frente a la ventana cerrada, la hermana de María solloza desconsolada sobre el hombro de Fran, que trata de protegerla de la desesperación y de la tristeza rodeándola entre sus brazos, a la vez que le susurra algo al oído con unos labios acostumbrados a reír, y que ahora apenas pueden contener el llanto.

Inesperadamente, uno de los extraños aparatos a los que David permanece conectado emite un sonido hosco y continuo, al que su hermano reacciona de inmediato retirando a la niña del lado de su padre y apretándola contra su pecho, que hace horas siente a punto de estallar.

Mira a David.

Le mira a los ojos, unos ojos oscuros y profundos de los que lentamente, muy lentamente, desaparece la luz.

Y, sin saber muy bien por qué, piensa en ella: en su olor, en su calor, en su confianza, en su sonrisa.

Y sonrío.

De repente, Jaime sonrío.

Sin motivo, sin razón, casi sin querer.

Solo sonrío, convencido de que, a pesar de todo, no está sonriendo solo.